

Será tu nombre y tu inmortal memoria,  
Que no el sepulcro las cenizas honra,  
Mas las cenizas honran el sepulcro (1).

Por el otoño de 1606, al reconstruirse la iglesia de S. Pedro en tiempo de Paulo V, los restos mortales de Marcelo II fueron trasladados a la cripta, donde los recibió un sencillo sarcófago de mármol, de los primeros tiempos del cristianismo. Sólo la breve inscripción «Marcelo II» descubre quién es el que allí descansa (2). A pesar de eso, la memoria de este insigne Papa ha permanecido viva hasta el presente. En la historia de los esfuerzos hechos en favor de la reforma católica, tiene él asegurado un puesto gloriosísimo. Con todos los sabios está Marcelo II en gran reputación por sus méritos en pro de la Biblioteca Vaticana, y de los amigos del arte musical es muy conocido su nombre, por la misa admirable que compuso Palestrina a honra de su memoria (3).

(1) Ciaconius, III, 805; v. Brunner, Italia, II, 8.

(2) La relación del B. Belarmino sobre el estado en que se hallaba el cadáver y su traslación en 15 de septiembre de 1606, puede verse en la Revista trimestral romana, XV, 192. Sobre el sepulcro v. Ciaconius loc. cit.; Forcella, VI, 71; Katholik, 1901, II, 543 s.; Dufresne, 97 s., con un diseño.

(3) Sobre la Missa papae Marcelli v. Ambros, IV<sup>a</sup>, 19 s.; Haberl, Catálogo de música de la capilla papal, Leipzig, 1888, 9, 58 s.; Stimmen aus Maria-Laach, XLVII, 125.

## II. Paulo IV y los Carafas

El Sacro Colegio a la muerte de Marcelo II contaba 56 miembros, de los cuales 39 se hallaban en Roma. De los 17 cardenales ausentes sólo cuatro llegaron a Roma todavía a tiempo, antes del comienzo de la elección: el cardenal Mendoza ya el 3, Doria el 9, Madruzzo el 12 y Tagliavía el 13 de mayo (1).

Las exequias de Marcelo II, que habían comenzado el 6 de mayo de un modo muy sencillo por falta de dinero (2), llegaron el 14 a su término. La mañana siguiente se celebró la misa del Espíritu Santo, después de la cual de nuevo Uberto Foglietta tuvo el acostumbrado discurso, en que se exhortaba a una buena elección. Después 43 cardenales entraron en el conclave, para el cual sirvió el mismo local que en el precedente. Por la llegada de los cardenales Gonzaga y Pacheco, acaecida el 16 y 17 de mayo, subió a 45 el número de los electores. La guarda del conclave fué confiada al duque de Urbino (3). Por lo demás, reinaba en la ciudad la mayor tranquilidad (4).

Por efecto de las parcialidades del Colegio Cardenalicio, los

(1) Además de Panvinius en Merkle, II, 263, v. el impreso contemporáneo, que se conserva en el *Archivo secreto pontificio*: Conclave factum in Vaticano post mortem papae Marcelli II.

(2) V. la \*relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 7 de mayo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(3) Cf. Massarelli, 263 s. Según la \*carta de Camilo Capilupi, de 15 de mayo (*Archivo Gonzaga de Mantua*), el cardenal Hérc. Gonzaga ya en este día llegó a Roma. Sobre el discurso de Foglietta v. I. Pogiani epist. I, 103, nota. En el impreso citado en la nota 1 puede verse un exacto diseño del conclave, en el cual están también señaladas las celdas para los cardenales ausentes.

(4) V. las \*relaciones de U. Gozzadini, fechadas en Roma el 4, 8 y 11 de mayo de 1555 (*Archivo público de Bolonia*) y la \*carta de C. Capilupi, de 8 de mayo de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

romanos esperaban un largo conclave. Según la opinión general, los que tenían más probabilidad de ser elegidos eran de nuevo representantes de la reforma católica: Carafa, Morone y Pole (1).

La decisión estaba también esta vez en manos de los neutrales, porque el partido imperial, dirigido por Santa Flora y Madruzzo, constaba sólo de veinte sujetos, y los franceses disponían a lo sumo de quince votos y además no estaban unidos; pues sus miembros más eminentes, los cardenales Este, du Bellay y Alejandro Farnese, pretendían fines enteramente diversos (2).

El cardenal Este, ya antes del comienzo del conclave, había hecho todos los esfuerzos posibles por alcanzar ahora al fin la tiara. Pero halló en los imperiales la más fuerte resistencia; porque tan decididamente como Enrique II deseaba la elección de Este para Papa, tanto la detestaba Carlos V. En favor de Este trabajaba singularmente su hermano, el duque Hércules II, que había ido a Roma para prestar obediencia a Marcelo II, y allí mismo aun permanecía. Ambos procuraban ganar ante todo al cardenal Alejandro Farnese, que tenía tan gran crédito y autoridad con todos los miembros del Sacro Colegio, que era de muy extraordinaria importancia su actitud (3).

El candidato de Farnese era su amigo Pole, de quien esperaba también el adelantamiento de los intereses de su familia. Cuando Farnese se partió de Francia para el conclave de Marcelo II, logró ganar para el cardenal inglés al mismo Enrique II, pero llegó entonces a Roma demasiado tarde. Tanto más quería ahora intervenir en favor de Pole, que era candidato de Felipe II y

(1) V. la \*relación de U. Gozzadini de 7 de mayo de 1555 (loc. cit.) y la \*carta de Hipólito Capilupi, de 9 de mayo de 1555 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. las relaciones que se hallan en L. Latinius, *Lucubr.*, II, 32; Ribier, II, 609; Legaz. di Serristori, 354; Coggiola, *Conclave*, 68 s., 79 s.; Segmüller, *Elección de Paulo IV*, 3; Masio, *Cartas*, 201. La opinión de Reumont (III, 2, 513), de que nadie había presagiado la elección de Carafa, es totalmente errónea. Atanagi en su carta de 1.º de mayo dice expresamente: Teatino è in maggior predicamento di tutti (Tarducci, 73). Hasta en los pasquines es llamado Carafa el candidato de más probabilidades; v. Padiglione, *La Bibl. del Museo naz. di S. Martino, Napoli*, 1876, 308.

(2) Cf. la relación de Avansón en Ribier, II, 612.

(3) Cf. las numerosas relaciones coetáneas en Coggiola, *Conclave*, 81 s. Sobre los astutos manejos de Este v. también la relación portuguesa en Santarem, XII, 425.

acepto también al emperador (1). Mantúvose firme en apoyarle, aunque inmediatamente antes de comenzar el conclave llegó orden del rey francés de trabajar en primera línea en favor de Este (2). Tampoco tuvieron ningún buen éxito los empeños de los dos Estes, de ganar a Farnese con seductoras promesas y un convenio de unión de las dos familias. Malogróse asimismo una tentativa de los Estes por atraer a su partido, por medio de Cosme I, a los cardenales de Julio III (3). De este modo, ya antes del comienzo del conclave, las esperanzas del cardenal de Ferrara quedaron poco menos que desvanecidas.

Pero también la candidatura de Pole demostróse pronto como imposible. Fuera de que, como ya en el anterior conclave, así también ahora, le perjudicaba la circunstancia de residir en Inglaterra, y no poderse elegir a un ausente, pronto se mostró que, además de los franceses, también una parte de los imperiales estaba contra él. En este respecto se señalaron especialmente los cardenales Carpi, Alvarez de Toledo y Carafa, los cuales pusieron en duda la ortodoxia de Pole, alegando sus no correctas ideas en puntos de fe controvertidos, como en la doctrina de la justificación. Este argumento, que ya en el conclave de Julio III había desbaratado las esperanzas de Pole, tampoco esta vez dejó de producir su efecto, aunque la acusación en modo alguno se había probado (4).

Así quedó como el candidato más probable el cardenal decano Carafa, cuya fidelidad a la fe católica en modo alguno se podía poner en duda, al igual que sus eminentes cualidades y su integridad, aunque por su gran rigor era generalmente temido, y francamente odiado por los cardenales aseglarados, como Este y Santa Flora. También los partidarios de la severidad ponían reparo en la índole peculiar y aspereza de Carafa (5). Pero le

(1) V. Sägmüller, *Elecciones de Papa*, 211; Coggiola, *Conclave*, 209 s.

(2) Farnese encargó a su agente en París, que hiciese representaciones en contra a Enrique II; v. Caro-Farnese, *Lettere*, II, 188 s.; Sägmüller loc. cit., 215.

(3) V. las relaciones publicadas por Coggiola, *Conclave*, 83 ss., 205 ss.

(4) V. las relaciones publicadas por Coggiola, *Conclave*, 212 ss.; cf. Ribier, II, 610 y la relación del embajador portugués sobre el conclave, fechada en Roma a 18 de junio de 1555, en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 414. Coggiola (loc. cit.) hace notar, que Carafa dudaba bona fide de la ortodoxia de Pole, pero que los otros dos cardenales sólo obraban por intereses egoísticos.

(5) V. L. Firmani *Diaria caerem.* en Merkle, II, 509.

fué a éste muy útil la falta de probabilidad de todos los demás candidatos, como asimismo el favor del partido reformista y de los franceses. El rey Enrique II había designado a Carafa en segundo lugar como el candidato más acepto (1), y el emperador, por el contrario, había dado orden al partido español de impedir la elección de este hombre, que siempre se le mostró desafecto (2). Dícese que el embajador extraordinario Juan de Mendoza, que fué delegado para prestar la obediencia de Carlos V a Marcelo II, llegó hasta el extremo de decir a Carafa en su presencia, que renunciase a toda esperanza de la tiara, puesto que el emperador le excluía. Respondió Carafa con mucha dignidad, que el emperador no podría estorbar su elevación, si Dios la quería; y que en este caso tenía él la ventaja, de que estaría también obligado a sólo Dios por su elección (3).

Fué de decisiva importancia el que el cardenal Alejandro Farnese, en vista de las dificultades que imposibilitaban la elevación de Pole, se mostrase cada vez más favorable a la elección de Carafa, y al fin emplease en favor de éste todo su influjo y destreza.

El unánime proceder de los imperiales quedó impedido, por cuanto los cardenales Alvarez de Toledo y Carpi agenciaban con grandísimo ardor su propia elección. Pero pronto los ambiciosos perdieron todas sus esperanzas, pues les faltaba el apoyo de Far-

(1) V. la relación de Avansón en Ribier, II, 612.

(2) La indicación de Petrucelli (II, 94) de que el embajador imperial, Juan Manrique, había recibido la instrucción de excluir a Carafa, pero de no publicarlo sino en caso de necesidad y a su debido tiempo, parece enteramente creíble (v. Sägmüller, Elecciones de Papa, 212 ss). Manrique comunicó a los cardenales imperiales la voluntad de Carlos V, y nombró los cuatro candidatos de Felipe II y del emperador (v. su carta de 15 de mayo en Druffel-Brandi, IV, 674 ss.); pero una parte de los cardenales imperiales no hizo caso de eso, lo cual motivó a Manrique a prorrumpir en violentas quejas (v. su carta de 24 de mayo en Druffel-Brandi, IV, 674, nota 3, y una segunda carta de Manrique a Carlos V, fechada en Roma a 25 de mayo de 1555, en la cual participa: \*Hemos acordado el Camarlengo e yo de embiar una viva voz presente a todo lo que passó en conclavi. [El enviado fué Lottino; v. Ribier, 2, 612; Brown, VI, 1, n. 130; Coggiola, Conclave, 472; Nonciat. II, 582 s.]). Después de una sumaria pintura del curso de la elección, acusa luego Manrique con especial gravedad a Alvarez de Toledo y a Carpi (cf. pág. 57, nota 1) y alaba a Lottino, \*el qual es persona que a estado en los dos conclaves y en dambos a servido quanto a podido de bien y solicitamente y ingeniosamente. *Archivo de Simancas*, Leg. 882, n. 30.

(3) V. Ciaconius, III, 824; Riess, 6, nota 14.

nese, y además sobrevino en Morone un peligroso competidor. Pero tampoco para este candidato se podía ganar a Farnese (1). En vista de esto, el camarlengo Guido Ascanio Sforza de Santa Flora, reconocido caudillo del partido imperial, y Madruzzo, pusieron sus ojos en uno de los cardenales de Julio III, en Púteo, muy señalado por sus letras y pureza de costumbres, el cual, aunque provenzal de nacimiento, era con todo afecto al emperador, de modo que podía parecer aceptable a todos los partidos (2). Por Púteo se declararon no solamente todos los imperiales, sino también los más antiguos de los cardenales neutrales. Madruzzo dió parte al fin también a Farnese de este plan, indicándole que al cardenal Pole le era perjudicial su ausencia, que Morone y Carpi eran rehusados por los franceses y Carafa por los españoles. El prudente Farnese, con todo, no quiso decidirse, declarando que primero había que aguardar la llegada del cardenal Borbón. Por lo demás, creía él que Púteo ciertamente era digno de la triple corona, pero decía que prefería a Pole.

Cuando ahora los veinticinco cardenales, ganados para Púteo, tomaron disposiciones para elevar a su candidato a la silla de San Pedro, aun sin asentimiento de los franceses, se apoderó del partido contrario enorme excitación. Este grupo, que se había juntado en la Capilla Paulina, además de los franceses du Bellay, Armagnac, Guisa y Lenoncourt (3), constaba también de los

(1) Cf. las relaciones en Coggiola, Conclave, 460 ss. y Corpo dipl. Port., VII, 414 s. B. Pía refería en 18 de mayo de 1555: \*La prattica di Morone va strettissima da questa sera in qua et in banche le sue polize sono andate a 40 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). La culpa de los cardenales Alvarez de Toledo y Carpi la encarece grandemente Manrique en la \*carta arriba citada a Carlos V, de 25 de mayo de 1555: \*Estos dos fueron los que hizieron todo el danno y dieron el exemplo y comensaron a romper los nostros (*Archivo de Simancas*, loc. cit.). Cf. además la carta de Pacheco en Druffel-Brandi, IV, 674.

(2) Para lo que sigue cf. la narración de Panvinio, muy bien informado por los que tuvieron parte en el conclave, que se halla en Merkle, II, 268 nota, cuyos datos han sido confirmados recientemente por la carta del obispo de Pola al duque Farnese, de 23 de mayo de 1555, publicada por Coggiola (Conclave, 466 ss.). Por lo demás ya Segni (*Storie fiorent.*, IV, 898) puso de realce el papel decisivo de Farnese en la elección de Paulo IV. La relación de Lucrecio Tassone al marqués Segismundo Este, publicada por Motta en las *Miscell. d. Soc. stor. Lomb.*, Castello Sforzesco, 1903, 112 s., afirma muy equivocadamente, que Este decidió en primera línea la elección de Carafa; ¡de Farnese no se habla para nada en esta parcial narración!

(3) Lenoncourt había llegado al conclave el 22 de mayo; v. Massarelli, 265 y Coggiola, Conclave, 467.

cardenales Este, Julio della Róvere, Capodiferro, Dandino, Sermoneta, Inocencio Monte, Nóbili, Mignanelli y Ranuccio Farnese. Aumentóse aún su espanto, cuando corrió la voz de que hasta Farnese se había pasado a Púteo. Esto, sin embargo, no era cierto. Antes bien Farnese quedó profundamente ofendido por la tentativa de los imperiales, de elevar al papado a Púteo aun sin su cooperación; y declaró a los congregados en la Capilla Paulina, que no se podía hablar de su asentimiento a aquella candidatura. Enunció al mismo tiempo, que el único medio de impedir la elección de Púteo consistía en que Este renunciase a su propia pretensión, y presentase una candidatura opuesta a aquélla, que tuviese general aceptación. Este lo reconoció. Ahora propuso Farnese a su antiguo amigo, el excelente cardenal Pedro Bertano. Con todo eso, declaró Capodiferro que Bertano no aceptaría la elección. Viendo esto, dijo Farnese: «Elijamos, pues, a Carafa, el santo y venerable decano del Colegio Cardenalicio, que es digno del papado». Todos los presentes se declararon conformes con ello. Aunque en vista del gran desafecto que se tenía a Carafa, aun entre los inclinados a Francia, de la abierta hostilidad del partido hispano-imperial y de la exclusión por parte de Carlos V, apenas ofrecía esta propuesta esperanza alguna de buen éxito, con todo obtuvo Carafa la tiara. El autor de la «Historia de las elecciones de Papas» sólo sabe explicarse esto por la razón, de que se veían aquí en un ejemplo sorprendente «los milagros de los conclave, y cómo Dios verdaderamente es el que hace los Papas» (1).

Saraceno fué enviado a Carafa para preguntarle si aceptaba la elección. Carafa se declaró dispuesto a ello, con tal de que todo procediese con orden y regularidad. En vista de esto, se le llevó a la Capilla Paulina. En las horas inmediatas Farnese trabajó febrilmente por obtener los votos que todavía faltaban a Carafa. Logró ganar a Truchsess y Morone, y después también a otros, como a Doria, Cornaro, Carpi, Alvarez de Toledo, Savelli y Médici (2). Ultimamente disponía Farnese

(1) Conclavi de' pontefici Rom., I, Colonia, 1691, 264 s.

(2) Para estos cambios de partido, además de Panvinus, loc. cit., cf. también las cartas de Truchsess en el Anuario Histórico, VII, 195 ss., y la carta del obispo de Pola, citada arriba, p. 57, nota 2, donde asimismo Truchsess es nombrado en primer lugar. V. también L. Firmanus, loc. cit. Gothein (S. Ignacio, 475) da grande importancia, a que «los españoles de la Congregación de la Inquisición» se declararon por Carafa. Esto es falso ya sólo por el

de veintiocho votos, de modo que sólo faltaban tres para la necesaria mayoría de las dos terceras partes. Los dieciséis que permanecían fieles a Púteo (Madrizzo, Santa Flora, Mendoza, Cueva, Pacheco, Cristóbal Monte, Corgna, Ricci, Mercurio, Bertano, Poggio, Cicada, Tagliavía, Gonzaga, Cornaro y Simoncelli), y se habían juntado en la sala del Consistorio, perseveraban entre tanto unánimes en su oposición a Carafa. ¡Pacheco hasta prefería dar su voto a un francés, que a este enemigo del emperador! (1) Cerrados en sus respectivas estancias, se mantuvieron opuestos entre sí los dos partidos en la noche del 22 al 23 de mayo. Se negociaba de una y otra parte sin resultado. Carafa se mostró también en este decisivo momento, como el severo hombre de la Iglesia, que había sido siempre. Digno y libre de ambición, disuadió a sus partidarios todo procedimiento tumultuoso, diciéndoles que antes habían de renunciar a su elección, que emprender algo que no fuese conforme a la ley (2). Entre tanto, los adversarios de Carafa, singularmente Madrizzo, Santa Flora y Pacheco, hacían de nuevo los más extremados esfuerzos contra el aborrecido (3). Se procuró por todos los modos posibles hacer mudar de parecer a Farnese. Los imperiales hasta se declararon dispuestos a elegirle a él mismo o a su amigo Pole; indicaron también cuán numerosos eran los parientes de Carafa, y las relaciones de éste con los emigrados napolitanos y florentinos. Pero todo fué inútil; Farnese permaneció firme.

En la mañana del 23 de mayo fueron enviados Farnese y Morone a los imperiales, los cuales sólo a las amenazadoras representaciones de Farnese se avinieron a abrir la puerta de la sala consistorial. Aquí Morone conjuró a la minoría a dar el voto a aquel por quien se había declarado la mayoría del Sacro Colegio, para

hecho, de no haber más que un español (Alvarez de Toledo) que perteneciese a la Inquisición.

(1) V. la relación de Avansón, de 24 de mayo de 1555, en Favre, Olivier de Magny, 436.

(2) V. L. Firmani Diaria caerem. en Segmüller, 6, nota 1, y la relación portuguesa en el Corpo dipl. Port., VII, 415.

(3) Sobre eso además de Panvinio, loc. cit., cf. también las relaciones publicadas por Coggiola, Conclave, 465. Manrique en su \*relación a Carlos V. de 25 de mayo de 1555, tributa especialmente a Madrizzo esta grandísima alabanza: Non ay que hablar que jamas hubo hombre tan declarado, que tan travajasse y se afatigasse en que V. M<sup>a</sup> fuesse servido. *Archivo de Simancas*, loc. cit.

evitar un cisma. Apoyó Farnese sus palabras, pero sin buen suceso; especialmente Corgna y Cicada le respondieron con las más apasionadas expresiones. No habiendo conseguido lo que pretendían, volviéronse Farnese y Morone a los de su partido. Resolvióse éste a hacer la tentativa de obtener los tres votos que todavía faltaban, por medio de negociaciones privadas. Este tuvo que ir a ver a Bertano, Pisani a su pariente Cornaro y Farnese a Poggio. A Bertano y Cornaro pronto se les hizo mudar de opinión. Mayores dificultades halló Farnese en Poggio; pero logró al fin que también éste diera su asentimiento.

Teníase, por tanto, la necesaria mayoría de las dos terceras partes; pero Farnese quería una elección lo más unánime posible. Por eso se dirigió a Ricci, y le indujo a tener una conferencia con Carafa. En ella demandó Ricci al cardenal decano, que diese palabra de perdonar a Santa Flora y a sus demás adversarios, lo cual éste al punto prometió. Después conjuró Farnese de nuevo a los demás miembros del partido hispano-imperial, a que cesasen en su resistencia, y denegó el plazo de una hora para deliberar, que exigía Santa Flora. Ahora finalmente depusieron los imperiales su resistencia. Hacia el mediodía del 23 de mayo, fiesta de la Ascensión de Cristo N. S., decidióse la elección de Carafa por unánime adoración (1). Por agradecimiento a Paulo III y al cardenal Farnese tomó el nombre de Paulo IV. Declaró que el primer día de su pontificado quería dedicarlo enteramente a la oración y ejercicios espirituales, y que sólo después había de efectuarse la fiesta de la coronación (2).

El nuevo Papa, que fué elevado a la silla pontificia contra la general expectación (3), gozaba de grandísima robustez, a pesar

(1) V. Panvinius loc. cit., 270. Sobre la licitud del modo de elegir per adorationem (cf. sobre esta materia Wurm, Elección de Papa, Colonia, 1902, 113) habían deliberado los cardenales antes de dar principio al conclave, pero sin tomar una decisión (v. Massarelli, 263 s.). Ya en 22 de mayo se había dicho por la ciudad, que Carafa había sido elegido; v. la \*carta de U. Gozzadini de 22 de mayo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. la \*carta de C. Olivo, de 23 de mayo (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y la de U. Gozzadini, fechada en Roma a 25 de mayo de 1555 (\*volendo S. S<sup>ta</sup> celebrare et confessarsi questa mattina et stare tutto hoggi in spirito). *Archivo público de Bolonia*.

(3) Contra la comune opinione, dice el obispo de Reggio en su \*relación de 25 de mayo de 1555, en la cual se lee acerca de Este: \*Il buon Ferrara non è ne sarà papa mai, ma ne farà de questi et a questo modo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

de sus setenta y nueve años. Alto y flaco, era todo nervios, como hace notar el embajador veneciano Bernardo Navagero, y estaba todavía tan sano y vigoroso, que con sus pasos elásticos parecía apenas tocar el suelo (1). Contábase que nunca en su vida había tomado una medicina (2). El reumatismo y el catarro eran las únicas dolencias de que de cuando en cuando se quejaba. Su grande cabeza dejaba ver sólo ya pocos cabellos; su rostro, rodeado de una espesa barba, no era hermoso, pero de una gravedad llena de expresión; en su fina boca había una expresión de acerada fuerza de voluntad; en los hundidos y negros ojos brillaba como fuego y rayo el ardor interior del italiano del sur (3).

La misma diaria distribución del tiempo que seguía el Papa, descubría su ardoroso temperamento. Por la mañana no le gustaba que le estorbasen, pues tenía por ley decir la santa misa y rezar el breviario despacio y con gran devoción. En sus comidas no se ataba a ninguna hora determinada (4). Quería que la mesa estuviese muy ricamente abastecida, según correspondía a su elevada posición. El

(1) Para lo que sigue v. la relación de Navagero de 1558, una de las principales fuentes para conocer el carácter distintivo de Paulo IV, en Albèri, Ser. 2, III, 379 s. Cf. además la \*Apología a la relatione del Navagero de Antonio Carafa, de que se trata en los núms. 61-62 del apéndice (*Biblioteca nacional de Nápoles*), y Panvinius en Merkle, II, 333. Andreas (Las relaciones venecianas, Leipzig, 1908, 114-115) muestra entender muy mal a Navagero, cuando dice que Paulo IV por la mañana «decía la misa hasta la tarde», y después de comer «decía el resto de la misa y rezaba vísperas y completas».

(2) V. en el n.º 9 del apéndice la \*carta de Camilo Olivo a Sabino Calandra, fechada en Roma a 23 de mayo de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) El retrato más conocido de Paulo IV es el de su tercer año de reinado. Por medio del grabado que de él hizo Nicolás Beatrizet (Romae, 1558; sobre este artista cf. Hübner, I, 35), se reprodujo en la mayor parte de las obras sobre los Papas, adornadas con retratos, v. gr., la continuación de Platina y Ciaconio. Es notable por su mucha expresión de vida el retrato de Carafa, en el acto de recibir la dignidad cardenalicia, que se halla en la sala del concilio del palacio de Caprarola. Todavía no se ha publicado el magnífico busto de bronce de Paulo IV, que se ve en el tránsito que conduce a la sacristía de S. Pedro, el cual hicieron erigir los canónigos de dicha basílica (v. Forcella, VI, 71). Algo idealizada está la estatua sepulcral que se halla en la iglesia de la Minerva. Un busto posterior de Paulo IV hay en el claustro de S. Páolo Maggiore de Nápoles. Hermosos ejemplares de las medallas de bronce de Paulo IV pueden verse en el Monetario del Vaticano y en el Museo del emperador Federico de Berlín (sala 16, caja 3). La medalla de de Rossi (Monetario de la Biblioteca nacional de París) está reproducida en Goyau-Pératé-Fabre, El Vaticano, Einsiedeln, 1898, 141.

(4) Hasta su última enfermedad, dice Navagero, loc. cit.; cf. Masio, Cartas, 235.